

DISCURSO DEL DOCTOR ISMAEL COSIO VILLEGAS PARA RECIBIR EN LA ACADEMIA A CUATRO MIEMBROS NUME- RARIOS Y A CUATRO MIEMBROS CORRESPONDIENTES DE NUEVO INGRESO*

ES PARA MÍ UN HONROSO privilegio, como Presidente de la Academia Nacional de Medicina, dar calurosa y cordial bienvenida a los señores doctores Carlos Zamarripa Torres, Enrique Arreguín, Manuel Ramos Alvarez y Hernando Guzmán West, en su calidad de nuevos miembros titulares, y a los señores doctores José Miguel Torre, Enrique García Ruiz, Federico Sotelo Ortiz y Guillermo Santoscoy, en su categoría de nuevos miembros correspondientes, que fueron electos después de cuidadoso y severo análisis de su calidad científica y de su trayectoria profesional llevado a cabo, con hondo sentido de responsabilidad que vela por el prestigio de nuestra corporación, por las Comisiones Revisora y Dicotaminadora de la Academia Nacional de Medicina.

Hoy ingresan ustedes a esta Academia que es la Sociedad Médica más antigua de nuestro país, con una tradición respetable, con una historia limpia y honorable, y, al mismo tiempo, con deseos constantes de renovación, de estar al día en los problemas médicos, científicos culturales y sociales, para poder servir a los enfermos como individualidades y a nuestro país como colectividad. La Academia Nacional de Medicina nació en 1864, con antecedentes que datan de 1732 y con precursores muy estimables. Pronto será centenaria y, sin embargo, está en pleno vigor y en constante evolución llena de ambiciones de superación. Desde 1864 no ha dejado de trabajar y constituye un bello ejemplo de perseverancia y fecundidad dentro de las sociedades médicas de la América Latina.

Nuestra Academia tuvo su origen bajo muy buenos auspicios, como se desprende de las palabras del Dr. Carlos A. Ehermann, su primer presidente, en el informe sobre las actividades de la corporación al decir "que toda opinión sería libremente emitida y no menos libremente discutida". Estas palabras auguraban

* Leído el 5 de julio de 1961.

un ambiente democrático dentro de las discusiones científicas, que se ha venido cumpliendo a través de su larga vida, ya que todos tenemos noticias de apasionados debates en todas las épocas, que sería muy dilatado recordar, pero que son ejemplos de que el ambiente académico no ha sido el de una sociedad de elogios mutuos, como muchos piensan que sucede, sino que siempre ha sido el seno en el que los científicos han tenido la más alta de las finalidades: el descubrimiento de la verdad.

Es de gran interés conocer la historia de la Academia Nacional de Medicina en todos sus aspectos: materiales, espirituales y científicos. Es apasionante enterarse de las actividades de los académicos en el transcurso de los años, algunas de ellas notables por la influencia que tuvieron en su evolución y muchas que colocan en lugar destacado a varios de ellos, cuyo nombre y actuación deberán recordarse con veneración. Todos estos datos los encontramos en la obra completa, amena y veraz del Académico Dr. Francisco Fernández del Castillo, intitulada "Historia de la Academia Nacional de Medicina de México".

En el año de 1936, siendo presidente el Dr. Ignacio González Guzmán, tuve el honor de ser electo miembro numerario de esta Academia, juntamente con los señores doctores Abraham Ayala González, Gustavo Argil, Enrique Beltrán, Francisco Calderón, Raúl Fournier, Luis Gutiérrez Villegas, Alfonso Millán, Teófilo Ortiz Ramírez, Leopoldo Salazar Viniestra, Manuel Vaquero, Gerardo Varela, Salvador Zubirán, Atanasio Garza Ríos y Daniel Gurría Urgell. Hace un cuarto de siglo que pertenezco a la Academia, comenzando por ser uno de sus elementos jóvenes, pasando al grupo de sus elementos maduros y llegando, por la benevolencia de la Asamblea, a su Presidencia, cargo que trato de cumplir lo mejor posible, conciente de la enorme responsabilidad que encierra. En veinticinco años he vivido la carrera ascendente de la Academia; he sido testigo de la desaparición lamentable de varios de sus miembros; he palpado la importancia del ingreso de nuevos académicos, que vigorizan su desarrollo; y he sentido que su trayectoria está supeditada al esfuerzo individual de sus componentes y a la labor indispensable de la cooperación. Si fuera el momento oportuno de hacer un balance, estoy seguro de que es favorable, pero, al mismo tiempo, hago votos porque su marcha sea vertical, por el prestigio de la Academia, y en beneficio de los enfermos y de nuestra patria.

Los últimos veinte años han registrado un desarrollo asombroso de la medicina, en todos sus aspectos, en sus ramas diversas y en su misma esencia.

El siglo XIX preparó este desarrollo y no podemos olvidar las obras inspiradas y geniales de Laënnec, Trousseau, Charcot, Dieulafoy, Potain, Virchow, Pasteur, Koch, Roentgen, etc. También los primeros cuarenta años de nuestro siglo fueron fecundos y ricos en descubrimientos y adquisiciones. Pero, indudablemente, los veinte años últimos de la evolución de la medicina son impresionantes y en-

cierran transformaciones que no se observaron en los siglos anteriores, dándonos la oportunidad a los médicos de manejarla como ciencia, por sus doctrinas, sus aplicaciones y sus indiscutibles resultados.

En efecto, los elementos de diagnóstico se han multiplicado en forma extraordinaria y se han convertido en exactos, precisos y oportunos. Sin embargo, no debemos olvidar los métodos de la medicina clásica, pues cambiar el interrogatorio y la exploración física, especialmente el interrogatorio, por las radiografías y los datos de laboratorio, representa el peligro de olvidarse del hombre y manejar los casos en forma deshumanizada. Las exploraciones funcionales han tomado un lugar preferente en el estudio de todos los aparatos y sistemas de la economía, permitiendo un diagnóstico fisio-patológico exacto, que sanciona o prohíbe el empleo de determinadas tácticas quirúrgicas. La anatomía patológica ha progresado enormemente, no sólo en su aspecto de autopsia sino en el más importante de la biopsia, dando diagnósticos exactos que permiten planteamientos terapéuticos bien orientados, racionales y más o menos radicales. La terapéutica médica ha alcanzado alturas que nunca había dado escalar, que hacen ilógica la pregunta que se planteaba hasta el año de 1940: ¿cree usted en la terapéutica? Ahora contamos con las sulfas, los antibióticos, las hormonas, las enzimas, preparados químicos de acción indudable, las vitaminas, los diuréticos, los corticoesteroides, los hipotensores, los tranquilizadores, etc. Todos estos recursos han disminuido la incidencia de muchas enfermedades y permiten la curación de muchos padecimientos. Más notables son los avances de la cirugía, con los de la anestesia, la transfusión de sangre, el adecuado balance electrolítico, que han permitido atacar enfermedades de órganos que se antojaban intocables como el corazón, los pulmones, el cerebro, etc. La medicina preventiva, uno de los aspectos más importantes de la medicina, ha caminado aceleradamente, tan aceleradamente que hoy con orgullo se habla de la erradicación de muchas enfermedades. Este nuevo rumbo de la medicina ha determinado la formación de médicos sanitaristas, cuya labor es tan útil para la colectividad. Las causas de las enfermedades son mejor conocidas, gracias a los progresos de la bacteriología, la virología, la microbiología, la bioquímica, la endocrinología, etc.

Todo lo mencionado hasta aquí, en forma muy sucinta por razones de tiempo, representa el progreso de la medicina en su aspecto orgánico o somático. El progreso en este aspecto es muy importante, capital si se quiere, pero incompleto porque no abarca los aspectos psíquicos de los enfermos y lo que es más la psicología de los sanos.

Afortunadamente, estos aspectos no han sido descuidados. Ya no se piensa que la psicología y la psiquiatría son meras especulaciones metafísicas. Desde luego, todos los médicos tratamos de hacer medicina psicosomática y, además, escuchamos y leemos con interés y respeto los trabajos de los psicólogos y los

psiquiatras, cuyas investigaciones e interpretaciones no deben ser ajenas a todo médico que se respete.

Por otra parte, la salud corporal y la salud psíquica no pueden ser separadas del ambiente social, con todos sus factores que caracterizan la época que se vive. Es decir que la medicina moderna deberá ver en cada caso particular factores biológicos, psíquicos y sociales. De no actuar el médico en esta forma, nos expondríamos a la justa crítica de los hombres de talento. Montesquieu, con fina ironía, dijo: "no son médicos los que nos faltan, es la medicina la que falta". De no proceder como he señalado la afirmación de Montesquieu podría cambiarse, dados los enormes progresos de la técnica, en la siguiente: no es la medicina la que nos falta... lo que nos falta son los médicos.

El pensamiento moderno, y el pensamiento médico también, tiende a resurgir el humanismo, como una necesidad para el mejoramiento universal actual, ante el peligro del progreso material y el descenso de los valores espirituales. Desde luego, toda gran figura médica debe ser culta, interesarse por muchas cosas que no forman parte de su disciplina específica, y entre ellas de los problemas humanísticos. Pero, podría hablarse de un humanismo médico, en forma más concreta, más viva y de actividad eficaz, que planteara el mejor conocimiento del hombre y de sus necesidades, considerándolo como un ser físico, como un ser psíquico y como un ser social, o, si se prefiere, considerando al hombre en su cuerpo, en su espíritu y en su grupo. Lo importante es considerarlo y entenderlo integralmente y no en forma parcial.

El hombre tiene necesidades de limpieza, de alimentación, de alojamiento, o sea que requiere consejos higiénicos, dietéticos y de una solución de urbanismo.

El hombre tiene necesidad de trabajar, pero ¿en qué trabajo? Se requiere la orientación y la selección de actividades, técnicas, profesionales, campesinas, etc., de acuerdo con la biotipología y su capacidad mental, ya que cada trabajo tiene ventajas y desventajas, que deben ser analizadas por la higiene y la medicina del trabajo.

El hombre tiene necesidad de cultura física y de deportes. Pero hay urgencia de aconsejar qué tipo de cultura física y qué clase de deportes, por medio del examen médico. Así se evitaría que los cardíacos lleguen a la insuficiencia; que la tuberculosis asintomática se haga evolutiva, etc.

El hombre tiene necesidad de reposo ¿qué tipo de reposo? El mundo actual ha despreciado este problema y las consecuencias no se hacen esperar: malas condiciones orgánicas y diversos trastornos nerviosos.

El hombre tiene necesidad, y derecho, de que se le eduque y se le tenga al corriente acerca de los problemas de la salud y la enfermedad. Tiene derecho a la educación sanitaria, dada por organismos competentes y no por absurdos y desorbitados artículos de los medios de difusión no técnicos.

El hombre sano, o que se cree sano, tiene derecho al examen de salud preventivo y periódico. He aquí una misión importante de salubridad pública.

El hombre tiene necesidades asistenciales, en las cuales figuran en primer plano los hospitales, cuya construcción, distribución y servicios deben ser bien meditados, con miras a un buen entendimiento funcional.

Se ha dicho que la ignorancia es el secreto de la felicidad. Y lo han dicho pensadores tan valiosos y admirados como Anatole France. Esta afirmación no tiene bases sólidas, ya que sería brindarle al hombre una felicidad semejante a la de los animales. Por el contrario, la ignorancia es la peor enemiga del hombre, así como la adquisición tardía de conocimientos es frecuentemente peligrosa. La explicación del fracaso de las diversas civilizaciones es de orden educativo. Hay que educar y educar oportunamente, para no darle la razón a Montaigne cuando decía: "Se nos enseña a vivir cuando la vida ha pasado".

El hombre tiene necesidad del arte en sus diversas manifestaciones.

El hombre tiene necesidad de tranquilidad, indispensable para la salud mental, expuesta constantemente a las amenazas exteriores e interiores. La educación tenderá a crear el optimismo, la esperanza y la alegría de vivir.

El hombre tiene necesidad de un ideal, de una mística en el plan espiritual, de lo contrario será un frustrado que busca substitutos en el dinero, la ambición, el sectarismo y los tóxicos.

El hombre social tiene necesidad de justicia, lograda solamente con la desaparición de la inmoralidad pública. En esta justicia está el plan revolucionario de nuestros tiempos: mejor distribución de la riqueza, paridad en derechos y obligaciones y respeto a los valores humanos. Estas son cuestiones de fisiología social, que dan paso muchas veces a la medicina social.

Finalmente, el hombre tiene necesidad de paz, no de simple ausencia de guerra, sino de una paz positiva y aceptada por todos. La paz es la base de la satisfacción de las necesidades del hombre que he enumerado. La paz es la salud y la guerra es la enfermedad, consideradas desde un punto de vista social.

Si este es el panorama de la medicina actual, trazado a grandes y gruesos trazos, deberé concluir que la Academia Nacional de Medicina debe ampliar su radio de acción, para estar a la altura que le señalan los tiempos que nos ha sido dado vivir. Quiero decir que, además de su actuación habitual de sello científico y desarrollada en sus sesiones y en las Jornadas Médicas Nacionales, debe proyectarse en plan social de mayores alcances. Debe ser no solamente un cuerpo consultivo de nuestro Gobierno, sino poner a todos sus elementos como desinteresados colaboradores de sus tareas asistenciales, de salubridad y de seguridad social, porque los médicos, como la medicina, debemos aspirar a ser hombres de ciencia, serios, austeros, con conciencia de clase y con el deseo de ser útiles a las grandes colectividades.

Señores Académicos de nuevo ingreso:

He tratado de ser portavoz de mis compañeros de Academia para bosquejar cuál es el estado actual de la medicina; para informarles del espíritu que priva en esta corporación; y para pedirles que trabajen en ella con los mejores de sus esfuerzos, para alcanzar metas útiles y definidas.

Su ingreso constituye un honor para ustedes, muy bien conquistado; representa un nuevo galardón en su carrera profesional, justo y merecido. Pero implica también una seria responsabilidad, pues nuestra corporación espera y desea que sus contribuciones enriquezcan la medicina mexicana y sean dignas de la Academia Nacional de Medicina, que hoy los acepta en su seno en forma cordial, jubilosa y sincera.